

Ancla de Memoria Involuntaria

Involuntary Memory Anchor

Teresa Sánchez Táboas

Arquitecta. Investigadora Independiente (España)

Cada noche, desde hace ya muchos años, hago un ejercicio mental que me ayuda a quedarme dormida. Repaso los lugares en los que viví: ciudades, calles, supermercados, bares... la lista es infinita. Intento recordar qué sonidos los habitaban, cómo olían, si podía resguardarme de la lluvia en esas calles, cómo se movía la gente a través de ellos...

El ejercicio me ayuda a conciliar el sueño, pero también me devuelve guiones de escenas que, de otra manera, olvidaría. Al volver a esos espacios, los recuerdos de sus actores y sus tramas vuelven a activarse. No es casual que Marcel Proust, el gran cartógrafo del tiempo interior, encontrara en los espacios cotidianos —una habitación, un pasillo, un jardín— los detonantes de sus recuerdos más profundos. La arquitectura, en su obra, no es un telón de fondo, sino un mecanismo sensible que activa la memoria involuntaria. Y es precisamente en ese cruce entre espacio, recuerdo y narración donde también se encuentran las reflexiones contemporáneas del escritor Javier Aznar y los estudios científicos del psicólogo José María Ruiz Vargas.

La arquitectura, más que una disciplina dedicada a levantar estructuras, es un lenguaje silencioso que organiza nuestra experiencia del mundo. Cada edificio, cada habitación y cada calle configuran un escenario donde se despliega la vida, y en ese sentido, la arquitectura es también una forma de memoria.

Proust entendió que la memoria no se activa por un esfuerzo racional, sino por una chispa sensorial. La famosa magdalena no es importante por sí misma, sino por el espacio que convoca: la cocina de Combray,¹ la luz de la mañana, la textura del mantel. La arquitectura aparece como un contenedor emocional que permanece latente hasta que un estímulo lo reactiva. En *En busca del tiempo perdido*, las habitaciones tienen personalidad, los pasillos guardan ecos, las casas respiran. Proust convierte los espacios en cápsulas temporales que, al abrirse, devuelven al narrador a un pasado intacto. La arquitectura es, así, un archivo afectivo. (Fig.1)



1 Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido*, vol. 1: *Por el camino de Swann* (Madrid: Alianza, 2025), 67.

Figura 1. *Animitas (Mères Mortes)*, 2017. Christian Boltanski. Vídeo instalación; vídeo con color HD, sonido, arena. © Marian Goodman Gallery.

2 Javier Aznar, *¿Dónde vamos a bailar esta noche?* (Madrid: Círculo de Tiza, 2015), 119.

Esta idea encuentra un eco sorprendente en la escritura de Javier Aznar, aunque su tono sea más ligero, más irónico y más cercano a la vida contemporánea. Aznar escribe sobre hoteles, bares, aeropuertos, apartamentos diminutos o terrazas de verano, y en todos ellos descubre una dimensión emocional que va más allá de la descripción física.²

Sus crónicas están llenas de detalles arquitectónicos que funcionan como señales de identidad: la moqueta gastada de un hotel que recuerda a un viaje iniciático, la luz de un portal que evoca la adolescencia, la distribución absurda de un piso que obliga a reinventar la convivencia.

En su obra, los espacios son personajes secundarios que moldean el humor, la memoria y la percepción del narrador.

Si Proust exploraba la arquitectura como detonante de la memoria involuntaria, Aznar la utiliza como espejo de la vida moderna, donde cada lugar tiene una historia que contar y una emoción que provocar.

Pero lo que en Proust es intuición literaria y en Aznar sensibilidad narrativa, en José María Ruiz Vargas se convierte en teoría científica. Sus estudios sobre la memoria autobiográfica explican cómo los recuerdos se organizan en torno a “escenarios” que funcionan como marcos de referencia. Según Ruiz Vargas, la memoria no es un archivo estático, sino un proceso reconstructivo donde los lugares desempeñan un papel fundamental.³

La arquitectura, en este sentido, actúa como un soporte cognitivo: recordamos mejor aquello que podemos situar en un espacio concreto. Una casa de la infancia, un aula universitaria o una plaza donde ocurrió algo significativo se convierten en nodos de nuestra identidad. La memoria, dice Ruiz Vargas, es profundamente espacial.

Si pensamos en nuestras propias vidas, es fácil comprobarlo. Basta recordar la casa donde crecimos: la distribución de las habitaciones, el olor del pasillo, la luz que entraba por la ventana del salón. Esos elementos arquitectónicos no son neutros; están cargados de significado. Y cuando volvemos a ellos, incluso años después, experimentamos algo parecido a lo que Proust describía: una súbita recuperación del tiempo perdido. La arquitectura se convierte en una máquina del tiempo emocional. (Fig.2)

3 Véase: José María Ruiz Vargas. Entrevista sobre el libro *La memoria y la vida* en el programa “Gente despierta” de Julia Varela de Radio Nacional de España 21 de Junio de 2023.

Figura 2. *Réserve Hamburger Strasse*, 1992. Christian Boltanski. 5 fotos b/n 45 x 60 cm. 90 cajas de galletas, 5 lamparas.
© Galería Albarrán Burdais.

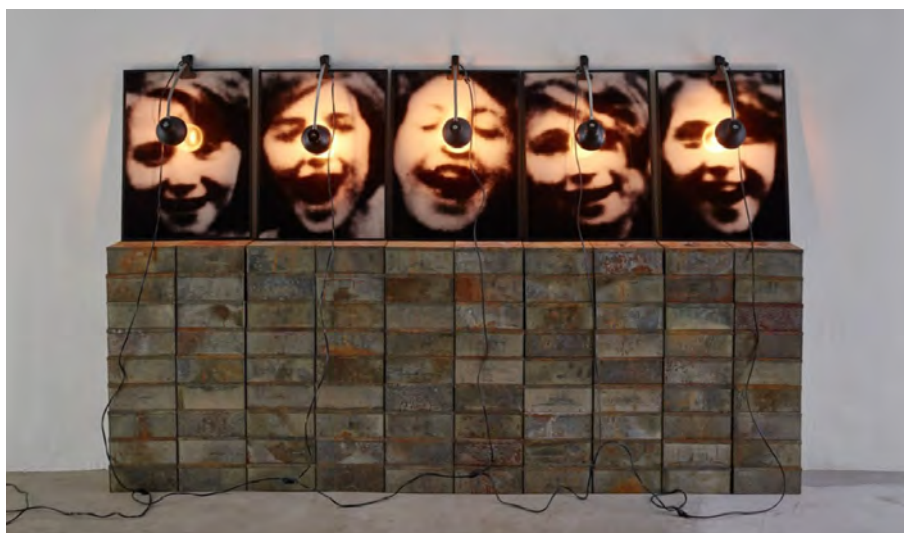




Figura 3. *Réserve de Suisses morts*, 1991. Christian Boltanski. Cajas de lata, fotografía a las sales de plata, cartón y lámparas eléctricas. © Institut Valencià d'Art Modern IVAM.

En la vida contemporánea, marcada por la movilidad y la velocidad, los espacios adquieren un valor aún mayor. Javier Aznar lo capta con precisión cuando escribe sobre hoteles o aeropuertos como lugares donde la identidad se vuelve más porosa, más vulnerable. Son espacios de tránsito que, sin embargo, pueden dejar huellas profundas. (Fig.3)

Ruiz Vargas explicaría que estos lugares se convierten en hitos de la memoria porque están asociados a momentos de cambio, de expectativa o de incertidumbre. Y Proust, sin duda, habría encontrado en ellos nuevas magdalenas capaces de abrir puertas inesperadas al pasado.

En definitiva, la arquitectura es un tejido emocional que conecta nuestra biografía con el mundo exterior. Y quizá por eso, como recuerda Pau Sureda —mi marido e historiador— la memoria no puede quedarse en un ejercicio íntimo ni en una evocación estética: necesita ser activada, revisada y compartida para que la historia no se convierta en un ciclo que repite sus sombras. Los espacios que habitamos —y que recordamos—⁴ son también escenarios donde se inscriben conflictos, avances, olvidos y heridas colectivas. Al visitar esos lugares, no solo recuperamos fragmentos de nuestra biografía, sino que reencendemos una memoria histórica que nos advierte, nos orienta y nos invita a caminar con más lucidez. La arquitectura, entonces, no es solo un refugio emocional, sino un recordatorio silencioso de que lo vivido deja huellas, y que atenderlas es la única manera de no tropezar dos veces con las mismas ruinas, sino de avanzar con paso firme hacia la luz del futuro. (Fig.4)

4 Véase: Pau Sureda Torres, "*Les comunitats prehistòriques pitiüses i la seva interacció social: Aportacions des de l'arqueometal·lúrgia i els espais domèstics*" (tesis doctoral inédita, Universitat Pompeu Fabra, 2016). <https://hdl.handle.net/10803/378350>



Figura 4. *Essai de reconstitution*, 1970. Christian Boltanski. Hojalata, madera, plastilina y malla metálica. © Centre Pompidou.